

David Le Breton,
La sociología del cuerpo,
Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
110 páginas

A partir de la década de 1960 comienza una reflexión en torno a la dimensionalidad del cuerpo, motivada por la crisis de la legitimidad de las modalidades físicas de la relación del hombre con los otros y con el mundo, lo que genera los movimientos sociales de rebelión contra los antiguos valores. El cuerpo pasa a convertirse en el medio mediante el cual el ser humano se comunica con el exterior, a través de las actividades perceptivas y la expresión de los sentimientos y de las convenciones de los ritos de interacción. Se abría un campo de estudio muy interesante para la sociología y también para la historia: la **sociología del cuerpo** tomaba forma como una dimensión sistemática de estudio.¹

Sin embargo, la reflexión en torno a la corporeidad se daba ya antes del surgimiento, pero siempre de manera subordinada. Así, se puede distinguir una **sociología implícita** (no desconoce que el hombre tiene un cuerpo, pero no se detiene en él, como ocurre por ejemplo en el análisis que realiza Cabrera, en su obra *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, donde otorga al lenguaje una dimensión primordial en la ocurrencia de los hechos históricos, ya que se considera la influencia de las incidencias sociales sobre la representación que se forma del

cuerpo y se considera al hombre como producto de su cuerpo, estando escrito su destino en su conformación morfológica), una **sociología detallista** (que proporciona sólidos elementos de análisis sobre el cuerpo, es decir, las construcciones sociales o *representaciones* que la gente se forma en relación al cuerpo, por ejemplo, la coacción sobre la violencia física que señala Norbert Elias en la conclusión de su obra *El proceso de civilización*), y una **sociología del cuerpo** (que se dedica de manera específica al análisis de la corporeidad en una dimensión social, con lo que se abre un nuevo campo de estudio en el marco de la historia cultural, ya que las representaciones o construcciones culturales en torno al cuerpo cobran gran relevancia).²

Sin embargo, estudiar sistemáticamente el cuerpo exige la definición del objeto de estudio al cual se dedica esta rama de la sociología, lo que requiere evitar dos trampas, que consisten en la separación del hombre de su cuerpo y la “encarnación del hombre”, manifestándose esta última en las medicinas populares y en la creencia

¹ Le Breton, David; *La sociología del cuerpo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002, pp. 7 – 13

² Le Breton, op. cit., pp. 14 – 24. Véase en torno a este tema Chartier, Roger; *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1998, en especial el capítulo II, titulado *El mundo como representación* y Elias, Norbert; *El proceso de civilización*, México, FCE, 1997, en especial el resumen final de su obra.

en milagros. Se debe comprender, en este sentido, que las representaciones del cuerpo corresponden a las representaciones de la persona (en otra palabra, la “imagen física” que se crea una persona en torno a si misma), lo que da cuenta de la subjetividad de las representaciones que se crean en torno a algo tan evidente como lo es el cuerpo humano, el cual puede existir aislado del ser humano en algunas culturas, como ocurre en la idea de la reencarnación, que existe en religiones orientales como el hinduismo y el budismo, donde el espíritu se reencarna en diferentes vidas y solo el cuerpo es el que se pierde. En palabras más sencillas, **el cuerpo es un elemento del imaginario social** y no se distingue de la persona que crea la representación del cuerpo, la que se construye en base a la representación colectiva que la sociedad crea.³

Es así como, epistemológicamente hablando, cabe definir el concepto *cuerpo*, el cual es ficticio, pero culturalmente vivo, ya que se encuentra imbricado en la simbología social que le proporciona su representación y sentido en las relaciones sociales que crean los simbolismos e imaginarios de las sociedades. Para poder analizar el cuerpo, la sociología debe independizarse del concepto fisiológico de cuerpo (el cuerpo “encarnado” o “vivo”) y mantenerse fuera de la discusión conceptual que crea el cuerpo, entendiendo este conflicto como una muestra de la variabilidad que existe en las representaciones que se forman en torno al cuerpo, siendo entonces el objetivo de la sociología del cuerpo buscar el origen de estas representaciones, con lo que se pueden definir tres líneas de investigación: la **sociología del contrapunto** (donde se buscan las vías de acceso al cuerpo), la

sociología “del ya que estamos” (que se cruza con rasgos relativos a la corporeidad, pero no son determinantes en el camino de la investigación), y la **“sociología del cuerpo”** propiamente tal (la cual se estudia en base a las representaciones que se forman las diferentes sociedades en torno al cuerpo), la que se enfrenta a la dificultad de que se diluya, debido a la cercanía con otras sociologías que tienen al cuerpo como parte de su campo y a que se usen conceptos de manera errada, confundiendo en los procedimientos de análisis.⁴

Teniendo en base estas premisas sobre la sociología del cuerpo, es posible determinar tres campos de investigación para esta rama: las lógicas socioculturales del cuerpo, los imaginarios sociales que se forman en torno al cuerpo y el cuerpo reflejado en el simbolismo social.

Las lógicas socioculturales del cuerpo se enfocan en las secuencias de acción y gestualidad que se utilizan para lograr una finalidad precisa, los que pueden diferenciarse según sexo, edad, habilidad de ejecución y las formas de transmisión. Esta sociología introduce el concepto de gestualidad, entendida como la ritualidad que se genera en torno al encuentro de dos actores, lo que lleva a la generación de códigos sociales (ejemplo de ello se puede encontrar en las reglas de protocolo del conocido *Manual de Carreño*) que permiten definir su “etiqueta”, la que se va formando en torno a la imitación de los gestos, entendiéndose estos como una expresión de los sentimientos en una temporalidad precisa (como lo es el observar entre lágrimas el cadáver de una persona durante un velatorio) y se encuentran arraigados en normas colectivas implícitas que encuentran su origen en torno a la imitación, lo mismo que el despliegue de los sentidos, ya que

³

Le Breton, op. cit., pp. 25 – 32

⁴

Le Breton, op. cit., pp. 33 – 39

si algunos escapan del control voluntario y la conciencia del actor, no por eso pierden su dimensión sociocultural, y es aquí donde encuentran su origen los ritos asociados al mantenimiento del cuerpo, como ocurre con la higiene, la que está basada en una representación de lo limpio y lo sucio que se encuentra arraigada en la sociedad occidental. Por otro lado, las inscripciones corporales (en algunas sociedades) juegan un gran papel en este mantenimiento, ya que son modos de afiliación y separación de la persona, en el marco de la representación colectiva. Al observar esta representación del cuerpo, se puede entender que la enfermedad, socialmente hablando, es la inconducta del cuerpo en el marco de la representación colectiva que la sociedad crea.⁵

El segundo campo de investigación se relaciona con los imaginarios sociales del cuerpo, entendiéndose el imaginario en la forma que Durand plantea, la que se relaciona con las representaciones o preconceptos que la sociedad se crea en torno al cuerpo como concepto aceptado epistemológicamente. Esta sociología puede elaborar teorías acerca del cuerpo, permitiendo su vinculación con el actor que lo posee, las cuales pueden ser de origen biológico, es decir, de los mecanismos fisiológicos que el hombre usa para relacionarse con sus semejantes, pero debe tenerse en cuenta la gran influencia que la educación tiene en este sentido, lo que se aprecia en la construcción social que se realiza del hombre y la mujer, quienes son formados como tales, lo que experimentan variaciones a medida que transcurre el tiempo, pero lo principal se mantiene: el cuerpo es un soporte de valores que la sociedad desea que cada persona desarrolle a lo largo de su vida

(como ocurre en la importancia que se le da al rostro como expresión de los sentimientos de la persona). Frente a esto se observa también la construcción de imaginarios de superioridad de una representación del cuerpo sobre la otra (como ocurre en la percepción del negro como un esclavo por parte de los europeos) y la estigmatización de una discapacidad que hace diferente a la persona que la padece frente a los demás, ya que genera malestar, pero también es un indefinido socialmente.⁶

El tercer campo que surge corresponde al cuerpo en el espejo de la sociedad, es decir, el estudio de la sociedad en base a las apariencias que la sociedad genera, en base a la pertenencia sociocultural del actor, donde el físico tiene tanta importancia como la dimensión moral de la persona. Es de esta manera que se habla también de **cuerpo social**, que según los filósofos marxistas es controlado políticamente por el Estado y donde cada actor tiene una función determinada que contribuye al funcionamiento del cuerpo, el cual se relaciona con el desarrollo del gesto para lograr un rendimiento óptimo. En este sentido, el cuerpo es la objetivación del gusto de clase, es decir, de la representación que la sociedad se crea en base al cuerpo, lo que demuestra lo ocurrido con la proliferación de gimnasios, que corresponden a la representación que se hace del cuerpo actualmente, el cual se ha impuesto como un lugar predilecto del discurso social, donde se separa del ser humano y es modificable, lo que ha facilitado el surgimiento de actividades que pueden considerarse riesgosas y, por otro lado, una denigración de la representación corporal que lleva a la construcción de una fantasía de un dominio absoluto

⁵

Le Breton, op. cit., pp. 41 – 64

⁶

Le Breton, op. cit., pp. 65 – 79. Véase en este sentido Durand, Gilbert; *Las estructuras antropológicas del imaginario*, FCE, México, 2004, en especial la introducción a la obra.

sobre la vida.⁷

En resumen, la corporeidad, un objeto de estudio dificultoso, como una interfaz entre lo social y lo individual, que exige una prudencia a la hora de estudiarlo. Por ello, la tarea del investigador, en este sentido, corresponde a la elucidación de las lógicas socioculturales que atraviesan el cuerpo, es decir, la dimensión simbólica que cubre a la corporeidad.⁸

DIEGO CANALES
Universidad de Santiago de Chile

⁷ Le Breton, op. cit., pp. 81 – 96

⁸ Le Breton, op. cit., pp. 97 – 99